

## Domingo de la Ascensión del Señor - Mt. 28, 16-20

La fiesta de la Ascensión no hace sino desplegar aún más la riqueza y la hondura que encierra la Resurrección de Jesús. Para nuestras ideas de Dios siempre limitadas, y nuestra comprensión de lo humano en clave de méritos, de éxitos, y de reconocimientos, es difícil captar el misterio que fundamenta nuestra esperanza: que en la humanidad resucitada de Jesús todo lo nuestro, -todo lo humano-, ya está en Dios, y todo lo de Dios habita en medio nuestro, hasta el fin. Y como si fuera poco, este misterio de cercanía y solidaridad es un don gratuito y comunitario que no hay que ganárselo, sino compartir de la misma manera.

La Ascensión nos recuerda que el camino iniciado con la Encarnación no tiene vuelta atrás, que lo de Dios y lo nuestro están para siempre unidos. Que no hay experiencias humanas ajenas a la proximidad de Dios en Jesús: no hay angustias, ni sufrimientos desde los que Dios no grite en Jesús su abandono, ni alegrías y sueños de vida donde no celebre compartiendo la mesa como Jesús con los pobres y marginados de su tiempo. A su vez, no hay experiencia de Dios que no se entreteja en el barro de nuestra historia, y en la fragilidad de nuestra carne; aún en medio de las heridas encontramos su aliento de vida, porque el Espíritu creador suscita formas de resistir solidariamente, maneras de *encontrarle la vuelta* a lo que parece no tener salida, y sostiene la lucidez confiada de testigos que apuestan a las posibilidades de otras personas para ponerse de pie y recomenzar.

Por eso hoy es la fiesta de la esperanza: pero no de la esperanza entendida como esperar “mirando el cielo”, como advierte el relato de los Hechos, sino la esperanza del verbo *esperanzar*, como dice Paulo Freire: “*Esperanzar es levantarse. Esperanzar es construir. Esperanzar es llevar adelante.*

*Esperanzar es juntarse con otros para hacer que la realidad cambie*”, en medio de las incertidumbres, de la violencia, de decisiones abiertamente indiferentes ante el sufrimiento y el abandono. El Resucitado nos envía a comunicar esta buena noticia de Dios con nosotros, haciendo actual, en nuestra realidad, su modo de amar, de servir, de curar, de ponerse del lado de los que sufren, de alentar la luz que arde débilmente, de estar allí donde nacen procesos creativos de una humanidad más reconciliada.

La esperanza es así una fuerza que mueve por dentro a recrear sueños, a renovar la confianza de que vale la pena esforzarnos por formas de vida más humanas para todas y todos, aunque no veamos el resultado final, sabedores de que “el Evangelio va de semillas y no de grandes plantaciones”<sup>1</sup>, y que en el corazón y las manos de nuestro Padre Madre Dios, nada se pierde de lo que se entrega. Que al celebrar juntos en la comunidad podamos animarnos unos a otros a *esperanzar*.

Carina Furlotti



<sup>1</sup> Pepa Torres Pérez. *Vivas nos luchamos. Tramas de resistencia y dignidad*. Ed. San Pablo (2025). p.69